

La Esfera

Año V.—Núm. 216

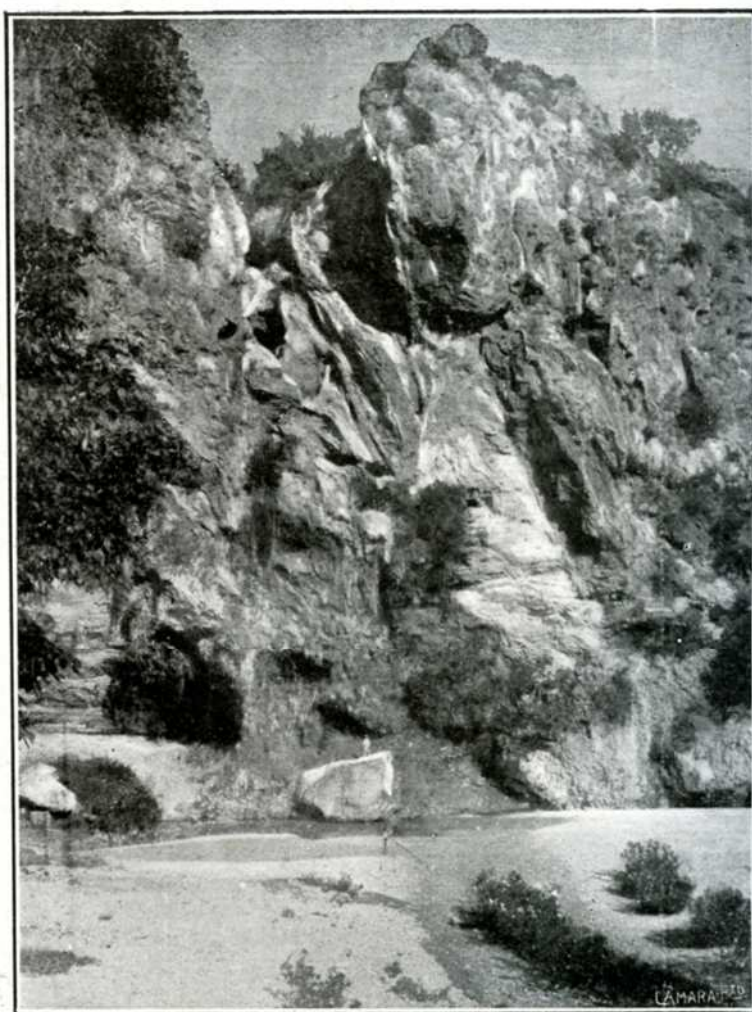
16 de Febrero de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL





Alborache.—Los chorros de Balbar



Buñol.—La dantesca cortadura de Turche

PARECE que lo típico y verdaderamente característico de la región valentina son sus huertas; hasta el extremo de que «la barraca» y «los huertanos» son, para los espíritus que superficialmente conocen a Valencia, la síntesis del alma y del paisaje valenciano.

Pero, ¿y la Valencia de las montañas? ¿Y la Valencia original y típica que se esconde en las sierras que la separan de Aragón, de Cuenca y de Murcia? Esta Valencia desconocida para la inmensa mayoría de los españoles y aun para muchos valencianos, es la que vamos a evocar en las sentidas líneas que inspiran aquellas sierras tan queridas por quien amó y sufrió mucho en ellas... tanto como en las huertas y en las playas que diríais helénicas si las conocierais.

Dejando atrás el mar latino blanco y azul, cruzando huertas y alamedas de frutales, intrinquémonos hoy en un rincón de las ásperas sierras levantine; tiempo habrá para vivir algún idilio en otros valles y cordilleras de aquella tierra del sol y del amor...

ooo

Un poeta diría, al salir en tren de Valencia y atravesando las verdes planicies de viñedos del llano de Cuarte, llegar a las colinas cubiertas de algarrobos y majuelos de Cheste y Chiva, y bajar en la estación de Buñol, «que había dejado un paraíso para entrar en otro».

Y la frase poética sería gráfica y justa.

Desde que se apea el excursionista en la estación de los pueblos de la Hoya de Buñol y sube en las ligeras tartanitas que a aquél conducen, no cesa de admirar cuán pródiga fué la Naturaleza en amontonar dones naturales en aquel privilegiado rincón levantino. La corta carretera que baja a Buñol, serpea entre bosques de álamos y algarrobos y fuentes que brotan en la cóncava peña como en la tierra de labor, alzándose en lo alto del cerro que corona tan singular

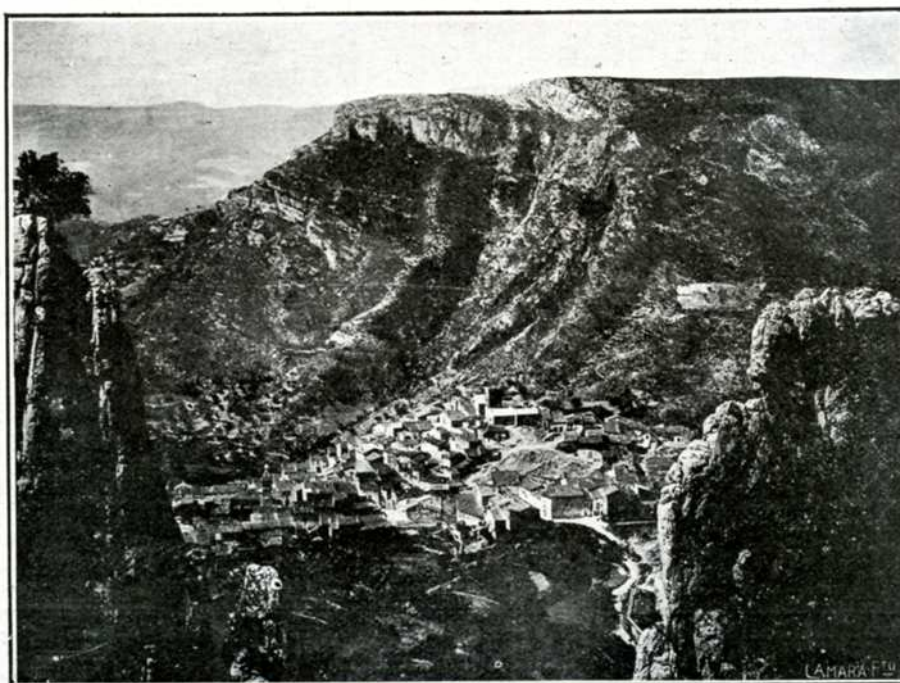
descenso, el castillo-fortaleza que un día fué la atalaya fronteriza del reino de Valencia, cuando Requena y Utiel pertenecían a Castilla.

Realmente las gentes que por las llanuras castellanas entraban en el reino valenciano por la carretera de las Cabrillas, y después de pasar de la solitaria y casi inculta estepa se aventuraban por las quebradas, riscos, barrancos y precipicios que dejan entre sí las ingentes moles de las siete enormes montañas que a aquella

particularidad numérica deben el nombre de las siete estrechas vecinas de Tauro, debían creer, al salir de aquel teatro dantesco, que entraban en el propio paraíso al entrar en la Hoya de Buñol.

Cuatro pueblos constituyen este ameno, y verde, y extenso valle rodeado de montañas, surcado por ríos y minado por fuentes de claras y frescas linfas: Buñol, centro y capitalidad natural de aquél; Macastre, la Amacasta de los romanos; Yátova, la Safoya árabe, y Alborache, ó Alborax en árabe, que significa «a Oriente». Y los cuatro pueblos tienen una situación bella y pintoresca, y los cuatro poseen bellezas naturales bastantes para afirmar que la Naturaleza fué realmente una artista cuando decoró toda la Hoya de Buñol, con amor de iluminada.

Más de trescientas fuentes nacen en aquel término, todas de propiedades diferentes y designadas con nombres pintorescos ó vulgares; y brotan unas en las oquedades de las



Visita panorámica de Dos Aguas y su sierra

peñas, otras en las huertas que escalan y suben á lo alto de los montes, como en las que bajan hasta los ríos y barrancos. Van á perderse unas en los riachuelos, otras riegan los «bancales» de trigo y maíz, hortalizas y legumbres y cuadros de frutales, y todas calman la sed del hombre.

Cerca de Buñol, se alza como enorme gigante el puente en curva de la vía ferrea, sobre el barranco de Roquillo, atrevida obra de la ingeniería moderna—pero no lejos de ésta, una obra natural de piedra caliza, el famoso puente de Carcalin, ofrece su atrevido arco á la admiración de los hombres y de los siglos—. Apenas cruza el tren aquel puente, atraviesa por un túnel la mole encumbrada del Alto Jorge, á cuyos pies corre el río, manso y callado, para salir á las quebradas de las Cabrillas saltando, ya los abismos, ya la carretera de Madrid, ya una serie inacabable de túneles, para volver á salir á la luz del sol y cruzar como un meteoro otro puente colgado sobre profunda cortadura que se abre entre dos túneles. Lo mismo constituyen objeto de excursión para los muchos veraneantes que acuden á templar sus nervios y oxigenar su sangre á la bella Suiza valenciana, las fuentes, como los altos montes y las cuevas y cascadas.

Cerca, muy cerca de Buñol está la Cueva de Turche, de peligrosa ascensión, situada junto á dantesca cortadura, cuyas estalactitas parece que van á desprenderse de la elevada bóveda. Entre Yátova y Buñol está la Cueva de las Palomas, tapizada de culantrillo interiormente, por cuyas hojas gotea sin cesar el agua de oculta corriente, y en cuyo fondo mana una sutil fuente como un hilillo de plata líquida. Nada más bello que esta Cueva, cuya entrada oculta casi una soberbia cascada, flanqueada por altos bastidores de piedra á modo de dos torreones, y á cuyo pie forma el río callado remanso de verdes y floridas márgenes, miniaturas de pequeños prados.

Es imposible recordar en primer término, y citar después, todas las bellezas que ofrece aquel paraíso levantino. Sería menester un libro... Pero no es posible olvidar la sierra de Dos Aguas que surge limitando tan bello y frondoso paisaje al fondo, nevados sus altísimos picachos hasta en la primavera.



Buñol.—La fuente del Castillo

FOTS. DE ANGEL MORALES

Ellos sirven de guía al marino en sus travesías, y, según la fama, al divisarlos desde alta mar sobre la incierta costa vecina, clamaban los rudos lobos de mar: *¡Ave Maris Stella!*, y de aquí vino el llamarle la sierra del Ave á la de Dos Aguas.

En lo hondo de esta sierra, tan pintoresca como las que rodean la Hoya de Buñol, quizá más agreste y hosca, cercado de altas moles y sobre un montículo que rodean huertas y viñedos está, como perdido en un rincón del planeta, el pueblecillo de Dos Aguas, cabeza del antiguo marquesado de este nombre.

Tampoco es posible olvidar los famosos chorros de Baibar, pintoresca cascada del término de Alborache, á la cual la fantasía popular—ayudada por la imaginación de algún poeta—atribuye cierta leyenda primitiva no exenta de cierto aroma de poesía.

La cascada de Baibar ofrece la particularidad de que, colocándose frente á ella y de espaldas al sol, aparece iluminada espléndidamente por los siete colores del espectro solar, de manera que semeja un arco iris de movable é inquieto líquido en continuos cambiantes de luz. Y la leyenda que el pueblo enlazó á aquel prodigio de color, es esta:

En la mitad de la cortadura por donde entre zarzamoras, higueras y granados silvestres se despeña el agua irisada, nace otro manantial que se junta al mayor, cayendo los dos sobre un pequeño estanque sembrado de rocas musgosas. Bajo la doble cascada existe una pequeña gruta en la que penetra el agua del estanque, y cuyas bóvedas parecen de cristal porque de ella nacen continuas y movibles perlas líquidas como el rocío de la aurora. Es un pequeño palacio de cristal cuyo suelo está cubierto de frescas ondas y cuyo techo tapiza menudo aljófár irisado. La voz sorda de la cascada resuena allí como eco armonioso de música lejana ó coro de muchedumbre que vitorea en el circo ó en el teatro.

En esta gruta se refugiaba el pastor Baibar en los días estivales, y un día creyó soñar al ver en lo alto de la cascada una mujer bellísima, una diosa cuyo transparente manto irisado caía por la bulliciosa cascada deshaciéndose en rizos de espuma y en cambiantes de luz y color. La diosa desapareció de súbito, pero todas las mañanas se repitió la divina aparición. ¡Era la aurora que sólo brillaba el momento que media entre la última sombra de la noche y el primer rayo de sol!

Baibar, el romántico y audaz pastor, quiso hacerla suya y aprisionarla en la gruta de la cascada para siempre. ¿Qué mejor palacio para una diosa y un poeta que una gruta de cristal?

Esperó una mañana emboscado entre las zarzamoras y los granados de la alta cortadura, y cuando la diosa extendía su manto sobre las aguas, Baibar quiso aprisionarlo con sus manos mortales y cayó arrastrado, envuelto por la impetuosa corriente. La diosa desapareció súbitamente, comentando con carcajadas argentinas la

mano impura sobre las vestiduras de una diosa.

Al día siguiente fué hallado el cuerpo exánime del pastor por unas zagalas que acudían á regalarle las natas y quesos de la leche de sus ovejas... Y desde aquel día hasta hoy se llama la irisada cascada de Alborache «Los chorros de Baibar». Aquel pastor, esquivo con las mozas y enamorado de un imposible, fué el primer romántico quizá de la tierra levantina.

Hasta aquí la leyenda. La Historia dice que Buñol y lugar de Siete Aguas, llamado así por siete fuentes juntas que nacen en él, «tienen tanta antigüedad que iguala con el tiempo del Cid Ruy Díaz» que por Utiel, Requena y Buñol entró en Valencia. Buñol fué baronía desde los tiempos de la Conquista, en que fué dado á don Pedro Fernández de Híjar, á quien lo compró la Reina Doña Blanca, mujer de Jaime II, para su hijo el infante Don Alfonso, de quien lo adquirió Berenguer de Mercader, el reconquistador de Siete Aguas. El Rey Felipe III concedió el título de condado á

esta baronía, y á don Gaspar de Mercader el de gran caballero y exquisito escritor.

La historia moderna cita una derrota de las huestes de Cabrera que se precipitaron en su huida por una cortadura de las Cabrillas, donde pereció la flor de la caballería del Tigre del Maestrazgo.

Hoy la Hoya de Buñol, paraíso levantino ó Suiza valenciana, es lugar de veraneo de todas las clases sociales valencianas y una estación invernal de primer orden desconocida é inaprovechada por la rutina humana, que sólo encuentra bello y bueno lo que la moda designa como tal.

La Hoya de Buñol ofrece todas las condiciones del moderno turismo: desde las excursiones fáciles y agradables de sus fuentes, cuevas y montes, hasta las ascensiones alpinas cuando la sierra de Dos Aguas se cubre de nieve. Y, sobre todo, es un lugar de íntima poesía, de infinita paz que avaloran el carácter franco y expansivo, y la no vulgar cultura, de sus nobles y hospitalarios habitantes.

¡Sierras y valles de la Hoya! «¡Qué hermosa patria para un artista—, qué hermosa tumba para un poeta!»

B. MORALES SAN MARTÍN

